

ENTERRARSE ENTRE ESCOMBROS: UNA APROXIMACIÓN SOCIO-IDEOLÓGICA A LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DE POZO MORO (CHINCHILLA, ALBACETE)

BEING BURIED AMONG RUINS: A SOCIO-IDEOLOGICAL APROXIMATION TO THE POZO MORO NECROPOLIS (CHINCHILLA, ALBACETE)

Jorge GARCÍA CARDIEL¹
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: La necrópolis de Pozo Moro, que se mantuvo en uso durante toda la II Edad del Hierro, surge como resultado del intento de una elite local de mediados del siglo V a.C. por apropiarse simbólicamente de las ruinas de un antiguo monumento funerario. El estudio de sus enterramientos muestra a una aristocracia que progresivamente se va enriqueciendo y jerarquizando, pero que en todo momento mantuvo una ideología conservadora vinculada con los fundadores de la necrópolis. La continuada estabilidad social lograda por esta aristocracia hizo que no hiciera falta buscar nuevas herramientas ideológicas sobre las que fundamentar las desigualdades sociales.

PALABRAS CLAVE: Arqueología de la Muerte, iconografía, ideología, iberos, Sureste meseteño.

ABSTRACT: The necropolis of Pozo Moro, which was in use during the whole Second Iron Age, appeared as the result of a local elite's attempt to appropriate symbolically the rests of an ancient mortuary monument. The analysis of its graves shows the presence of an aristocracy that was gradually becoming richer and more complex, but also an aristocracy who always held a conservative ideology linked with the necropolis' founders. The lasting social stability achieved by this aristocracy made useless for them to look up new ideologically tools to legitimate the social inequalities.

KEY-WORDS: Death archaeology, iconography, ideology, Iberics, South-East of the Spain Plateau.

I. Pozo Moro en el siglo V a.C.

La necrópolis de Pozo Moro² se localiza en las cercanías de Chinchilla, área que tradicionalmente se ha tenido como un cruce de caminos pero que en las últimas décadas nos ha sorprendido al revelarse como un núcleo con entidad propia dentro del mundo ibero³.

Ahora bien, de lo que no cabe duda tampoco es del papel fundamental que las comunicaciones desempeñaron en el desarrollo cultural de la región. De hecho, todas las necrópolis que conocemos se vinculaban con las dos vías principales que atravesaban este

¹ Departamento de Historia Antigua, Facultad de Geografía e Historia. C/ Profesor Aranguren, s/n, 28040, Madrid.

² Desearíamos dedicar estas páginas a la memoria del profesor Fernando López Pardo, bajo cuyo magisterio vio la luz este artículo. Agradecemos asimismo a D^a Verónica Balsera Nieto la paciencia con la que ha discutido con nosotros las ideas fundamentales aquí reflejadas. Por supuesto, los errores son todos míos.

³ Blánquez 1994:324; 1996:218

espacio, la Vía Heraklea y la Vía *Complutum-Carthago Nova* (figura 1), hasta el punto de que J. Blánquez⁴ logró detectar una varianza cronológica entre ambas, de tal manera que las necrópolis situadas en las proximidades de la Vía Heraklea comenzaron a emplearse en el Ibérico Antiguo y en su mayor parte pronto quedaron abandonadas, en tanto que las emplazadas en las inmediaciones de la vía *Complutum-Carthago Nova* son por lo general más modernas. Para el caso de Pozo Moro, en sus inmediaciones se cruzaban ambas vías de comunicación, lo que generalmente se ha aceptado como una explicación para el hecho de que el enclave se empleara como cementerio ininterrumpidamente durante medio milenio⁵. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, la proximidad del importante cruce de caminos sólo explicaría la continuidad y pujanza de una comunidad asentada en el lugar, pero no el hecho de que esa comunidad utilizara este enclave concreto como área de enterramientos a través de los siglos, máxime cuando sabemos que en otros *oppida* cercanos que también fueron habitados durante varias centurias, como el Tolmo de Minateda, existieron múltiples cementerios en torno al poblado que se fueron empleando alternativamente dependiendo de las épocas⁶. La razón que explica que sucesivas generaciones a lo largo del tiempo se obstinaron en hacerse enterrar en el mismo sitio, aún cuando ese enclave se encontraba relativamente lejos del lugar de asentamiento y a pesar de que con el tiempo las tumbas hubieron de amontonarse unas encima de otras, se nos muestra como sumamente compleja, y relacionada más con cuestiones ideológicas que con condicionamientos geográficos.

El origen de la necrópolis de Pozo Moro se atribuye al enterramiento de un varón de unos 50-55 años que fue incinerado en el lugar hacia el 500 a.C. y sobre cuyo *bustum* se alzó, tal y como lo interpreta su excavador, M. Almagro⁷, un importante complejo monumental de claras raíces orientalizantes⁸, cuyo elemento central sería una torre flanqueada por sillares con forma de leones, y en cuyas paredes se disponían distintos relieves que han llegado hasta nosotros de forma fragmentaria⁹.

Aunque la interpretación última del monumento es discutida, por lo que a nosotros nos interesa, lo que parece claro es que de alguna manera el gobernante enterrado allí quiso que su figura fuera recordada en relación con las imágenes que “decoraban” el monumento, quedando identificado así su recuerdo con los mitos que formaban parte del imaginario popular de su tiempo, y convirtiendo su enterramiento en una herramienta identitaria que favorecería la cohesión social en torno al gobierno de sus descendientes en unos momentos de profundos y complejos cambios sociopolíticos¹⁰. Lo más significativo es que utilizara para ello unos motivos iconográficos que hoy denominaríamos “orientalizantes”, pero que en aquel momento debían ser bien comprendidos por los súbditos del monarca fenecido.

De cualquier manera, y aunque no podemos precisar el momento concreto, el monumento turriforme se vino abajo por causas naturales antes de mediados del siglo V a.C., quedando sus sillares y relieves desperdigados por las cercanías mientras que sus dos primeras hiladas permanecían *in situ*.

⁴ Blánquez 1990:65-67

⁵ Blánquez 1990:66; Alcalá 2003:30; etc.

⁶ Abad, Gutiérrez y Sanz 1993.

⁷ Almagro 1983:184

⁸ Para una descripción pormenorizada del monumento y otras hipótesis interpretativas sobre el mismo, véanse Almagro 1983; Prieto 2000; López Pardo 2006.

⁹ Para una descripción y la discusión de las distintas interpretaciones sobre los relieves, véase sobre todo Almagro 1983; López Pardo 2006 y 2009; García, e.p.

¹⁰ García 2008

Habremos de esperar más de media centuria para que en el enclave comiencen a producirse los siguientes enterramientos, en la llamada Fase II del yacimiento. Habitualmente, se ha aceptado una relación causal entre la erección del monumento turriforme (Fase I) y el emplazamiento de estas tumbas, dándose por hecho que los descendientes del régulo difunto se enterrarían junto a él cumpliendo su voluntad¹¹. Sin embargo, llama la atención el vacío cronológico que se detecta entre las Fases I y II. En nuestra opinión, de hecho, no existe una relación directa entre ambas fases, de tal manera que si, en un momento dado, un gobernante decidió hacerse enterrar en aquel lugar, medio siglo después los miembros de la elite aristocrática local resolvieron escoger como lugar de enterramiento las inmediaciones de la tumba monumental ya destruida, siendo su decisión posiblemente ajena a la voluntad del antiguo monarca. De hecho, y a juzgar por los estudios antropológicos realizados en la necrópolis¹², ninguno de los integrantes de la generación que se enterró en Pozo Moro durante su Fase II llegaron a conocer al monarca de la Fase I, y con toda seguridad entre ambas fases hubieron de morir sujetos de esta comunidad cuyos restos no fueron depositados en el lugar. Por todo ello, debemos pensar en la siguiente secuencia de ocupación de la necrópolis: en un primer momento, y por causas aún no bien definidas, un gobernante eligió el enclave para hacerse enterrar bajo un monumento de estilo orientalizante. Un tiempo después, este monumento se derrumbó, sin que nadie se ocupara de evitarlo o de intentar restaurarlo. Algo después, la aristocracia de una comunidad local decidió hacerse enterrar en torno a las ruinas de la antigua tumba, posiblemente porque éstas habían adquirido un capital simbólico del que en el momento de su derrumbe carecían.

Es éste un esquema que, en un momento de profundos cambios sociopolíticos e ideológicos como fue el siglo V a.C., hemos encontrado que se repite con relativa frecuencia en las necrópolis albaceteñas, algo en lo que no se había reparado hasta ahora. Parece observarse, como decimos, una tendencia en los cementerios albaceteños de esta época a emplear enclaves en los que se conservaban restos arquitectónicos o escultóricos de tipo "orientalizante". Así, en el Llano de la Consolación existió un monumento turriforme similar al de Pozo Moro, que se derrumbó con anterioridad al desarrollo de la necrópolis¹³, y E. Ruano habla de una situación similar en Hoya de Santa Ana¹⁴. En El Salobral, necrópolis que arranca a finales del V o comienzos del IV a.C., encontramos una pareja de esfinges orientalizantes datadas a mediados del VI a.C.¹⁵. Finalmente, en Casa del Monte, cementerio que J. Blánquez¹⁶ retrotrae al V a.C., se documentó también un enterramiento orientalizante cuya superestructura no pudo ser documentada¹⁷.

Por lo que se refiere a las tumbas de la fase II, fueron emplazándose en torno a las ruinas del monumento derribado, procurando no afectar a los fragmentos de derrumbe de mayores dimensiones, pues los nuevos "ocupantes" de la necrópolis se sentían identificados con el monumento derribado y con el gobernante que se hizo enterrar bajo él, buscando su

¹¹ Almagro 1983; Santos 1996:128.

¹² Reverte 1985.

¹³ Marín 1979-1980:239-240; Valenciano 2000:141.

¹⁴ La existencia de un monumento turriforme en Hoya de Santa Ana, defendida por E. Ruano (1979), pasa desapercibida para otros autores, como J. Blánquez (1990), quien no hace referencia a ella en su estudio de la necrópolis. En los informes de las excavaciones de Sánchez Jiménez (1943 y 1947), éste anuncia que en 1942 encontró un muro junto a un enterramiento en uno de los extremos de la necrópolis, pero el lugar quedó sin excavar. No encontramos en esta referencia elementos de juicio suficientes como para poder afirmar la existencia de un monumento turriforme en la necrópolis, aunque sin duda su presencia iría en consonancia con lo que sabemos de las necrópolis vecinas.

¹⁵ Blánquez 1995:200.

¹⁶ Blánquez 1991:243

¹⁷ López, 1994:58.

cercanía y conexión como instrumento legitimatorio. Las tumbas se orientaron además en dirección SE-NO¹⁸, orientación que ya mostraba la tumba del año 500 a.C.

En cuanto a la riqueza¹⁹ de estas primeras tumbas, la media del número de objetos contenidos en ellas no llega a tres, cifra cercana a la mitad de la recontada en las otras necrópolis de la región para esta misma época: Fase II de Los Villares (5,7), Llano de la Consolación (4,8) o El Tesorico (6,9); otro tanto sucede con la riqueza ponderada de los ajuares: 5,8 puntos para Pozo Moro frente a 10,9 para Llano de la Consolación, 10,3 para la Fase II de Los Villares y 7,4 para El Tesorico²⁰. También relevante nos parece la homogeneidad que se advierte entre los distintos ajuares documentados en la Fase II de Pozo Moro, ya que la desviación típica que se obtiene de todos ellos²¹ es de tan sólo 1,9 para el número de objetos y 3,7 para la riqueza ponderada, cifras significativamente menores a las relativas a las otras necrópolis. Este parámetro nos está evidenciando que la elite que en estos momentos se entierra en Pozo Moro es, además de cuantitativamente escasa, relativamente homogénea en cuanto a la riqueza que considera adecuado amortizar en sus respectivas tumbas²².

Respecto a la iconografía presente en la necrópolis, en el conjunto monumental de Pozo Moro se utilizan unos esquemas de raigambre marcadamente oriental para la consecución de unos intereses concretos propios de la elite local de comienzos del siglo V a.C. Una iconografía presente también en los ajuares de las tumbas de esta Fase II a la que nos estamos refiriendo, lo que nos indica que estos símbolos aún debían conservar un significado concreto en el imaginario colectivo de la época. Así, el guerrero que se enfrenta en combate singular a un oponente desconocido²³ corresponde a un motivo relativamente frecuente en la plástica ibérica²⁴, aunque en el ámbito de las necrópolis ibéricas albaceteñas no encontramos por el momento paralelos directos, si bien creemos que la ideología heroico-guerrera que se oculta tras esta escena bien puede ser puesta en relación con la que motivó la erección de los jinetes de Los Villares o el de Casas de Juan Núñez²⁵, los cuales por cierto muestran un armamento y una vestimenta similar a la del guerrero de Pozo Moro.

En cuanto al relieve de la diosa sedente de Pozo Moro, encontramos un paralelo iconográfico evidente en el *timaterio* de La Quéjola²⁶, y otro en el mosaico de Iniesta. Ya iconográficamente más lejana, puede asimismo ponerse en relación este motivo con la

¹⁸ Alcalá 2003:100

¹⁹ Para valorar un concepto tan problemático como el de la "riqueza", empleamos el doble método de la cuantificación del número de objetos y la valoración de la riqueza ponderada de cada ajuar, ésta última según los criterios defendidos en Quesada 1989.

²⁰ Esta "pobreza relativa" respecto a las necrópolis vecinas ha de valorarse con cuidado, pues puede deberse parcialmente a defectos en la recogida de la información: sólo hemos podido tomar en consideración las tumbas "más relevantes" de Los Villares y Llano de la Consolación (Blánquez 1990:173; Valenciano 2000:42), que si bien forman un conjunto considerable (44 para Los Villares y 57 para el Llano de la Consolación), posiblemente ignoran los enterramientos más pobres.

²¹ Tanto para calcular este parámetro como para la media aritmética que antes hemos manejado, hemos descartado los túmulos sin excavar.

²² Tabla 1.

²³ F. López Pardo (2006:72-75) propone que más bien se trata de un combate de dos personajes (uno de los cuales no se nos ha conservado) contra una hidra, en cuyo caso la escena se alejaría más del imaginario ibérico.

²⁴ Almagro 1983:197

²⁵ Blánquez 1993:117-118; Chapa 1984:179; Giménez, 1988.

²⁶ Blánquez y Olmos 1993.

dama sedente del Llano de la Consolación²⁷ o, entrando ya en la plástica helenizante, la mujer que se inclina hacia un arbusto en una cerámica de Los Villares²⁸.

De los otros relieves del conjunto monumental (el dendróforo, el banquete, el jabalí bifronte...), sin embargo, apenas encontramos paralelos en todo el mundo ibero, lo que nos sugiere que la elite local que se enterraba en Pozo Moro fundó su identidad colectiva en esquemas orientalizantes que resultarían ajenos a sus vecinos, aunque las ideas de base puede que no lo fueran. No sucede lo mismo, no obstante, con los sillares de esquina del monumento que representaban a cuatro leones. La imagen del león es frecuente en la estatuaria ibérica²⁹, y en las cercanías de Pozo Moro la encontramos documentada en una estatua del Llano de la Consolación, en una urna cineraria del Camino de la Cruz y en un escarabeo hallado en Los Villares³⁰. La propia silueta del lingote chipriota sobre la que se alza el monumento sería bien conocida por los iberos de esta época, como lo demuestran por ejemplo los lingotes documentados en la tumba 31 de Los Villares³¹.

En cuanto a la iconografía dispuesta sobre las piezas del ajuar funerario de la tumba del año 500 a.C., sus motivos (un *despotes theron*, un joven danzante y un sátiro persiguiendo a unas ninfas) son intrínsecamente coherentes³², y presentan esquemas bien conocidos entre los iberos de la época; ejemplos albaceteños de ello pueden ser los sátiros representados en una placa de hueso de Los Villares o el sátiro de bronce del Llano de la Consolación, o también el *despotes theron* hallado en esta última necrópolis³³.

En conclusión, nos encontramos con que en el siglo V a.C. en Pozo Moro se enterró un grupo social que en conjunto hacía gala de una ideología aparentemente homogénea, que en líneas generales no estaba muy alejada de la de las aristocracias vecinas, aunque mostraba algunos rasgos específicos (o quizás solamente formas de representación exclusivas), pues fundamentaba su identidad colectiva en mitologemas propios.

II. El siglo IV a.C. en Pozo Moro.

A lo largo de todo el siglo IV a.C., la necrópolis de Pozo Moro entró en auge, constituyendo esta etapa la de mayor actividad en el enclave. Algo que resulta significativo, puesto que la mayor parte de los cementerios de las inmediaciones que comenzaron a ser empleados en la quinta centuria a.C. experimentan en la siguiente un declive evidente y no tardan en ser abandonados (Los Villares, Llano de la Consolación, Camino de la Cruz), mientras que otros desaparecerán a finales del siglo IV a.C. (Casa del Monte, El Tesorico), y sólo unos pocos como el Bancal del Estanco Viejo (Tolmo de Minateda) serán utilizadas esporádicamente a lo largo de los siglos. La larga perduración prácticamente ininterrumpida de Pozo Moro, por tanto, es un caso paralelizable en la región únicamente con la necrópolis de Hoya de Santa Ana, de la cual sin embargo nuestra información es reducida. Desde luego, pensamos que el uso prolongado de estas necrópolis hubo de deberse, al menos entre otros factores, a motivos rituales e ideológicos, sin que la posición geográfica de estas necrópolis en relación con las vías de comunicación constituya una explicación suficiente ni sea un condicionante efectivo que determine su larga perduración en uso.

La superposición de tumbas en un mismo lugar, por otra parte, no es precisamente un fenómeno novedoso en el mundo ibérico, sino que por el contrario constituye una realidad bastante frecuente, dado que el espacio que se dedica a las necrópolis suele ser

²⁷ Blázquez 1976:91; Valenciano 2000:157.

²⁸ Blázquez 1990:258

²⁹ García e.p.

³⁰ Respectivamente, Chapa 1984:74; Blázquez, 1984:100; Jaramago 1990

³¹ Blázquez 1996; Prieto 2002.

³² Olmos 1996:100.

³³ Respectivamente, Blázquez 1994:102; Olmos, 1996:102; Chapa 1984:158

limitado. En Pozo Moro, los grandes túmulos de la fase II constituyen en la mayor parte de los casos los enterramientos más periféricos, situándose las tumbas posteriores en los espacios que mediaban entre ellos o sobre las propias construcciones funerarias antiguas³⁴. La reutilización de un mismo espacio acotado, de hecho, y el respeto escrupuloso del área delimitada por sus antecesores ya remotos, nos parecen sendas evidencias a la hora de afirmar una continuidad y una dependencia ideológica de los aristócratas que se hicieron enterrar en Pozo Moro respecto de sus antecesores en la necrópolis (figura 2).

Otro aspecto sugerente es el de la orientación de las tumbas, que en esta Fase III, como en todas las de la necrópolis de Pozo Moro, se mantiene incólume SE-NO. Resulta frecuente que las tumbas de las necrópolis ibéricas tiendan a orientarse en una misma dirección (aunque en las necrópolis albaceteñas lo más habitual parece ser la orientación hacia los puntos cardinales, como en Los Villares, El Salobral o Llano de la Consolación³⁵), si bien en ninguna otra encontramos tal grado de exactitud³⁶. La importancia de esta regularidad debe acentuarse aún más teniendo en cuenta que se mantuvo a lo largo de más de medio milenio, y nos debe llevar a pensar, una vez más, en las razones ideológicas que llevaron a las sucesivas generaciones de aristócratas locales a poner tanto empeño en hacerse enterrar en el lugar de sus mayores y siguiendo metódicamente sus mismas costumbres.

En la riqueza de los ajuares de la Fase III se opera un cambio brusco respecto de la fase anterior, pues el número de objetos por enterramiento y la riqueza relativa de cada ajuar aumenta de forma considerable, de tal manera que, si previamente habíamos observado que la necrópolis de Pozo Moro mostraba ajuares más pobres que los de las necrópolis vecinas, los términos se invierten a partir del siglo IV a.C., ya que la riqueza media para la Fase III de Pozo Moro (5,4 objetos por ajuar, y 10,9 puntos de riqueza ponderada) es ya algo superior a la calculada para el Llano de la Consolación y bastante más alta que la de la Fase III de Los Villares.

Otro tanto sucede con la desviación típica de los valores de riqueza recogidos, pues en el siglo IV a.C. ésta se dispara hasta 4,1 en lo que a número de objetos por tumba se refiere, y a 9,3 en lo relativo a la riqueza ponderada, cifras ambas similares a las calculadas para el Llano de la Consolación pero que casi doblan las relativas a la fase III de Los Villares. Ello nos indica, a nuestro juicio, que la aristocracia que se entierra en Pozo Moro (y, junto con ella, toda la sociedad) se está jerarquizando y en el siglo IV a.C. muestra una estructura mucho más compleja que en el siglo V a.C.

En la necrópolis de Los Villares tenemos bien documentada la destrucción intencional de una de las esculturas de jinetes, y sospechamos de un fenómeno similar en el caso del torso toracato de La Losa (Casas de Juan Núñez)³⁷. Sin embargo, en Pozo Moro todo parece apuntar a que el monumento turriforme se derrumbó por causas naturales, debido a una fatal falta de cimentación y a las características del suelo³⁸, sin que sobre sus restos, en contra de lo que en alguna ocasión se ha afirmado, se ejerciera ninguna violencia.

En cuanto a la reutilización de antiguos fragmentos estatuarios y arquitectónicos en túmulos del Ibérico Pleno, este comportamiento es interpretado por la mayoría de los autores como consecuencia de la paulatina pérdida del capital simbólico de los monumentos³⁹, algo de lo que, al menos para el caso de Pozo Moro, debemos discrepar. En nuestra necrópolis no se produjo una retirada sistemática de los escombros procedentes del

³⁴ Alcalá 2003:90-91

³⁵ Blánquez y Amitrano 1988:161; Blánquez 1995:202; Valenciano 2000:144

³⁶ Alcalá 2003:100

³⁷ Respectivamente Blánquez 1996:219-220; Giménez 1988:131-132.

³⁸ Almagro 1983:190

³⁹ Por ejemplo, Chapa 1993:192; Almagro 1993-1994:112.

derrumbe del monumento turriforme, como sí apreciamos en el Llano de la Consolación⁴⁰, ni tampoco documentamos una rotura intencional de los fragmentos del monumento, como se observa en Corral de Saus⁴¹. Por el contrario, la tendencia presente en Pozo Moro es la de un respeto generalizado hacia las ruinas del antiguo monumento, respeto del que ya hemos hablado y que se observa en casos tan significativos como la tumba 5D6, en la que la urna cineraria se cubre con la cabeza de uno de los leones del monumento⁴²; o la 4D4, en la que los objetos no se introducen en un hoyo excavado en el suelo sino en un agujero horadado en uno de los sillares del monumento. El ejemplo más significativo en este sentido, sin embargo, es el representado por la tumba 3E2⁴³, un enterramiento en hoyo que es el único que, a lo largo de todos los siglos en que la necrópolis permaneció en uso, se situó en el espacio delimitado por los sillares de la base del antiguo monumento turriforme que aún se mantenían *in situ*. En nuestra opinión, hemos de pensar que este comportamiento diferencial y único debió de darse por alguna razón concreta de tipo ideológico, máxime cuando trabajar una superficie como ésta requeriría posiblemente más esfuerzo que el que hubiera sido necesario para ubicar la tumba en cualquier otro lugar⁴⁴. Además, los constructores de esta tumba no la cubrieron con tierra ni lajas de piedra, sino con los propios restos del derrumbe del monumento.

Respecto de la iconografía del siglo IV a.C., nos encontramos con que, en consonancia con lo que sucede en el resto del mundo ibérico, entre las imágenes documentadas aparecen ya esquemas más “realistas” que en épocas anteriores, como un herbívoro de bronce⁴⁵, que encuentra paralelos de la época en Hoya de Santa Ana, Cerro de los Santos, Higuera, Cercado de Galera...⁴⁶. Ahora bien, observamos también en Pozo Moro una iconografía “fantástica” que recoge temas similares a los empleados en las fases anteriores de la necrópolis, como dos representaciones de grifos (en un *kylix* de la tumba 4F3 y en un sello de la 4C1) y una de felino (en una falcata de la tumba 4D3⁴⁷). Si bien estos temas aparecen en la iconografía de otras necrópolis de la época, llama la atención la frecuencia relativa de estas representaciones “fantástico-míticas” en Pozo Moro, presentes en tres de las cinco tumbas con iconografía figurativa no vegetal de la Fase III. Únicamente encontramos una frecuencia tan alta de iconografía “retardataria” en la necrópolis de Hoya de Santa Ana, en cuyas tumbas del siglo IV a.C. apareció el famoso “Vaso de los dragones” y un *askós* en el que figura una pantera y un león⁴⁸.

Sería sugerente, en este sentido, plantear una posible relación entre este aparente conservadurismo iconográfico y la supuesta continuidad ideológica que creemos observar en la necrópolis de Pozo Moro: la perduración de los símbolos de poder nos está hablando

⁴⁰ Valenciano 2000:141.

⁴¹ Ruano 1979.

⁴² Alcalá 2003:67.

⁴³ (Alcalá 2003:42.

⁴⁴ Sobre todo porque sospechamos que, para emplazar este enterramiento, hubo que retirar del susodicho cuadrado algunos de los sillares caídos del monumento, pues todos aparecieron fuera de la base del mismo y ninguno pudo documentarse en su interior, cuando la lógica nos hace pensar que, en el momento de producirse el derrumbe, parte de los sillares de la pared occidental del mismo hubieron de quedar atrapados dentro del cuadrado formado por las dos primeras hileras de la base, que permanecieron en pie.

⁴⁵ Alcalá 2003:47.

⁴⁶ Chapa 1984:65-67

⁴⁷ Alcalá 2003:58,49 y 52.

⁴⁸ Respectivamente, Blech y Blech 2002-2003; Trías 1967:421-424. Las tendencias presentadas en este párrafo, en todo caso, deben relativizarse atendiendo a la escasez del registro iconográfico figurativo del que disponemos para el siglo IV a.C. en las necrópolis albaceteñas.

de una sociedad estable que a lo largo de los siglos no parece cuestionarse sus fundamentos ideológicos.

III. La época baja en Pozo Moro.

La Fase IV de la necrópolis de Pozo Moro, tal y como fue definida por sus excavadores, abarca desde el año 300 a.C. hasta el 75 a.C., pero para el estudio de este amplio período únicamente contamos con nueve enterramientos datados con seguridad en estos años. El entorno de Pozo Moro tampoco nos aporta muchos datos, pues de estos siglos tan sólo poseemos en el sureste meseteño informaciones aisladas procedentes del Tolmo de Minateda y Hoya de Santa Ana⁴⁹.

En cuanto a la riqueza de los ajuares de esta Fase, la media aritmética del número de objetos alcanza los 8,3, y la riqueza ponderada los 19,4 puntos, lo que supone un crecimiento considerable respecto de la fase anterior. Destaca aún más la ampliación de la desviación típica de ambas muestras, hasta un 7,9 en lo relativo al número de objetos y un 22,3 de riqueza ponderada, parámetros ambos que muestran un gran aumento de la jerarquización social en estos siglos, aumento que parece acorde con lo que conocemos de la evolución socioeconómica del mundo ibérico.

Finalmente, la Fase V se desarrolla entre el 75 a.C. y el 117 d.C.⁵⁰. En realidad, apenas tenemos constancia material de esta Fase, pues únicamente hemos podido datar en ella dos enterramientos, uno fechado en época de Vespasiano y el otro bajo el gobierno de Trajano. Ello nos indica que desde el siglo I a.C. el enclave sólo fue utilizado de forma esporádica, aunque llama la atención que, en un período tan tardío como el siglo I d.C., determinados sujetos o familias continuaron haciéndose enterrar en Pozo Moro, un enclave que ya por entonces debía ofrecer una imagen singular, con algunas de las ruinas del monumento derrumbado medio milenio antes aún a la vista, y con los restos de decenas de túmulos y tumbas amontonándose en los espacios que aquéllas dejaban. Debemos pensar, de hecho, que aún entonces todavía existían grupos familiares que se sentían de alguna manera identificados con las gentes que se habían enterrado en este cementerio, y que de hecho conocían el modo en el que debían enterrarse en él, ya que sus incineraciones nuevamente se disponen con la misma orientación SE-NO de toda la necrópolis.

IV. Conclusiones.

Gracias a la abundancia de material ofrecido, a su larga perduración cronológica y a la fecha relativamente reciente de su excavación, la necrópolis de Pozo Moro nos ofrece una serie de interesantes claves para comprender mejor el desarrollo histórico del sureste peninsular en época ibérica.

En estas páginas hemos constatado cómo a mediados del siglo V a.C. una elite local decide comenzar a hacerse enterrar entre las ruinas de un antiguo monumento orientalizante, acción que vemos repetida en otras muchas necrópolis de la región en esta misma época. Estas gentes trataron con sumo respeto las ruinas desperdigadas por el lugar, utilizándolas en ocasiones como parte integrante de sus propios enterramientos para apropiarse así del capital simbólico del que éstas aún estaban preñadas. El pertinaz respeto de estos mismos escombros a lo largo de casi medio milenio, unida a la propia perdurabilidad de la necrópolis y al uso de una iconografía retardataria en relación con la de

⁴⁹ Respectivamente Abad, Gutiérrez y Sanz 1993; Roldán 1998

⁵⁰ En estas páginas hemos obviado el último período de utilización de la necrópolis, la fase tardorromana, que exigiría un estudio propio.

las necrópolis del entorno, nos habla de una sociedad conservadora, en la que los símbolos de poder, y la ideología jerárquica que aquéllos sustentan, apenas cambiaron a lo largo del tiempo.

Por otra parte, los análisis de riqueza nos han mostrado una sociedad que, si en un principio se caracteriza por una elite reducida y relativamente homogénea, pronto va jerarquizándose y enriqueciéndose, aunque no por ello se desprende de los fundamentos ideológico-legitimatorios que desde un principio sustentaron su preeminencia.

V. Bibliografía.

Abad, L.; Gutiérrez, S.; Sanz, R. (1993): "El proyecto arqueológico «Tolmo de Minateda» (Hellín, Albacete). Nuevas perspectivas del sureste peninsular", en Blánquez, J.; Sanz, G.; Musat, M.T. (coords.), *Arqueología en Albacete*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 145-176.

Alcalá-Zamora, L. (2003): *La necrópolis ibérica de Pozo Moro*. Madrid, Real Academia de la Historia.

Almagro, M. (1983): "Pozo Moro: el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica", en *MM* 24, 177-295.

- (1986): "Aportación inicial a la paleodemografía ibérica", en AA.VV., *Estudios en homenaje al dr. Antonio Beltrán Martínez*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 477-493.

- (1993-1994): "Ritos y cultos funerarios en el mundo ibérico", en *AnMurcia* 9-10, 107-133.

Blánquez, J. (1984): "La necrópolis ibérica de El Camino de la Cruz (Hoya Gonzalo)", en *Al-Basit* 15, 93-108.

- (1990): *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.

- (1991): "Las necrópolis ibéricas en el sureste de la Meseta", en Blánquez, J.; Antona, V. (coords.), *Las necrópolis*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 235-278.

- (1993): "El mundo funerario albacetense y el problema de la escultura ibérica: la necrópolis de Los Villares", en Blánquez, J.; Sanz, G.; Musat, M.T. (coords.), *Arqueología en Albacete*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 109-128.

- (1994): "El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta", en *HA* 13 (1), 319-353.

- (1995): "La necrópolis tumular ibérica de El Salobral", en *Verdolay* 7, 199-208.

- (1996): "Caballeros y aristócratas del s. V a.C. en el mundo ibero", en Olmos, R.; Santos, J.A. (eds.), *Iconografía ibérica, iconografía itálica*. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 211-234.

Blánquez, J.; Amitrano, R.F. (1988): "El túmulo A de la necrópolis ibérica de Los Villares en Hoya Gonzalo (Albacete)", en *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 159-178.

Blánquez, J. ; Olmos, R. (1993): "El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete: el timiaterio de La Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico", en Blánquez, J.; Sanz, R.; Musat, M. T. (coords): *Jornadas de Arqueología Albacetense en la Universidad Autónoma de Madrid*. Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 85-110.

Blázquez, J.M. (1976) : "Arte y religión entre los iberos", en *Historia* 16 1, 89-94.

Blech, M.; Blech, M. (2002-2003): "El vaso de los dragones de la necrópolis de Hoya de Santa Ana (Chinchilla, Albacete)", en *BAEAA* 42, 245-263.

Broncano, S. *et alii* (1985): "La necrópolis ibérica de El Tesorico", en *NAH* 20, 43-181.

Chapa, T. (1984): *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid, Ministerio de Cultura.

- (1993): "La destrucción de la escultura funeraria ibérica", en *TP* 50, 185-195.

García Cardiel, J. (2008): "Pozo Moro. La construcción de una identidad en el mundo íbero", en *Arqueoweb* 10.

- (2010): "Renacer entre leones. Una nueva perspectiva de los leones de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete)", en *Lucentum* 28, 51-68.

Giménez Ortuño, LL. (1988): "Noticia sobre una nueva escultura ibérica: el *thoracato* ibérico de "La Losa" (Casas de Juan Núñez, Albacete)", en AA.VV., *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 131-136.

Jaramago, M. (1990): "El escarabeo de Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete)", en *BAEOr* 26, 191-204.

López Pardo, F. (2006): *La torre de las almas. Anejo X de Gerión*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

- (2009): "Nergal y la deidad del friso del «banquete infernal» de Pozo Moro", en *AEspA* 82, 31-68.

López Precioso, F.J. (1994): "El enterramiento orientalizante de la Casa del Monte (La Recueja, Albacete)", en *Al-Basit* 35, 51-62.

Marín, M.C. (1979-1980): "El supuesto «santuario» ibérico del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)", en *Habis* 10-11, 233-241.

Olmos, R. (1996): "Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico", en *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Madrid, Pórtico Librerías, 99-114.

Prieto, I.M. (2000): "El recorrido en torno a la sepultura turriforme de Pozo Moro y secuencia narrativa de sus relieves: algunas propuestas", en *ETF serie II* 13, 325-356.

- (2002): “¿Apropiación o pervivencia?: el empleo de la simbología orientalizante en el Ibérico Antiguo”, en Alonso, A.; Cresoo, S. (coords.), *Scripta Antiqua*. Valladolid, 169-182.

Quesada, F. (1989): *Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia, España)*. Oxford, BAR.

Reverte, J.M. (1985): “La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Albacete): estudio anatómico, antropológico y paleopatológico”, en *TP* 42, 195-281.

Roldán, L. (1998): “Elementos artísticos y culturales en la etapa final de la cultura ibérica”, en *REIb* 3, 71-107.

Ruano, E. (1979): “¿Fue único el monumento funerario de Pozo Moro...?”, en *BAEAA* 11-12, 52-55.

Sánchez Jiménez, J. (1943): *Memoria de los trabajos realizados por la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Albacete en 1941*. Madrid, Artes Gráficas Diana.

- (1947): *Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de Albacete, de 1942 a 1946*. Madrid, Artes Gráficas Diana.

Santos, J.A. (1996): “Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen”, en *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*. Madrid, Pórtico Librerías, 115-130.

Trías, G. (1967): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*. Madrid, William L. Bryant Foundation.

Valenciano, M.C. (2000): *El Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete)*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses.

Valero, M.Á. (2005) : “El mosaico de Cerro Gil: Iniesta, Cuenca”, en Jiménez, F.J.; Celestino, S. (coords.), *El periodo orientalizante* 1, Mérida, CSIC:619-634.

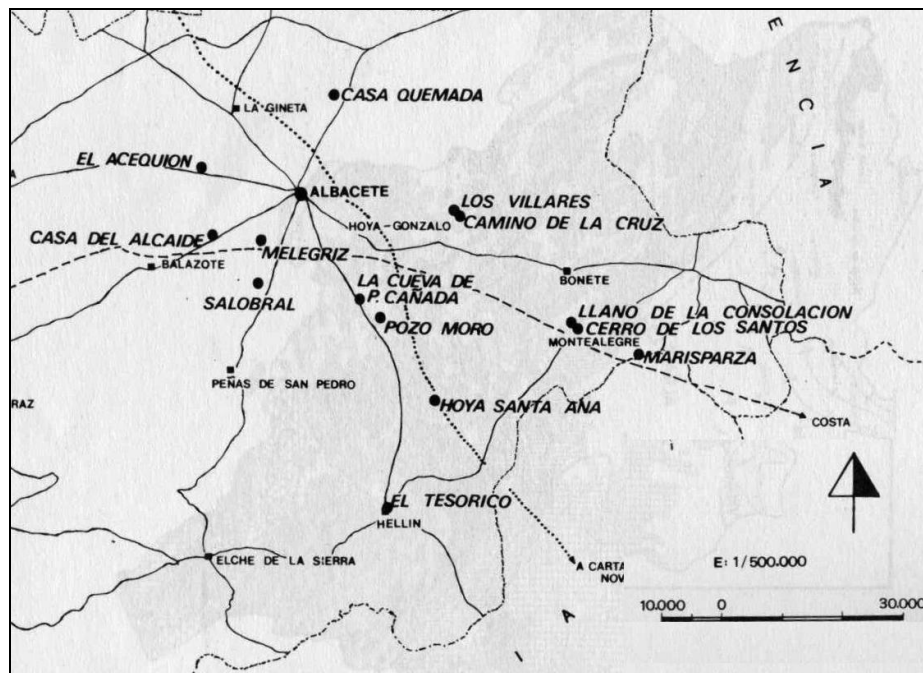


Figura 1: Situación de las principales necrópolis ibéricas de Albacete (Fuente: Blánquez 1991:268).

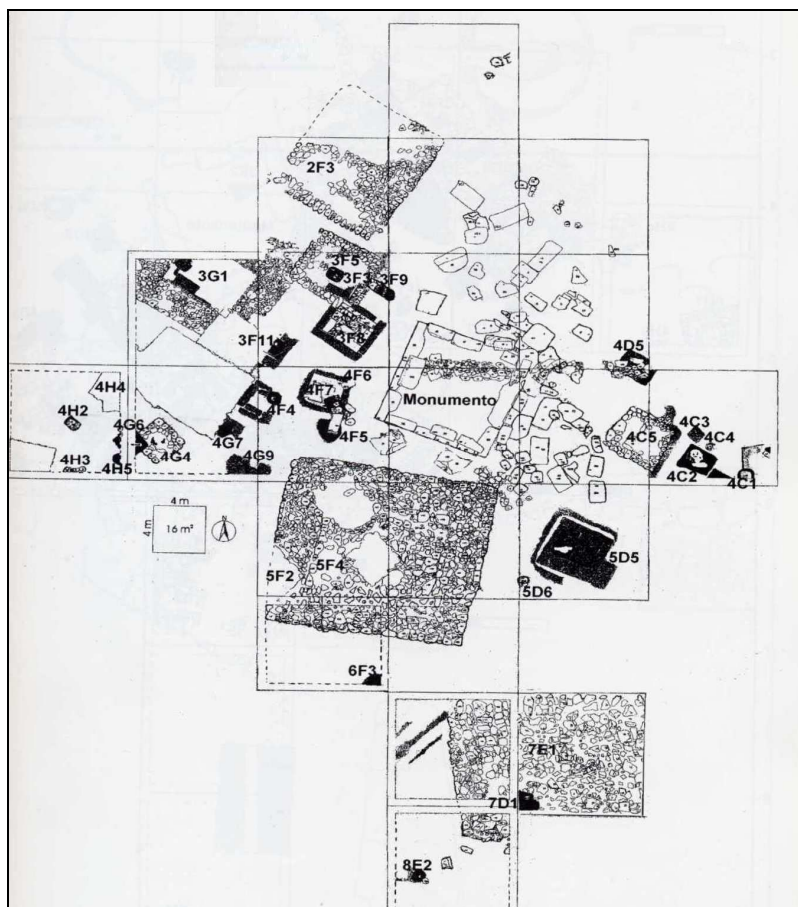


Figura 2: Planta de la necrópolis de Pozo Moro (Fuente: Alcalá 2003:271).

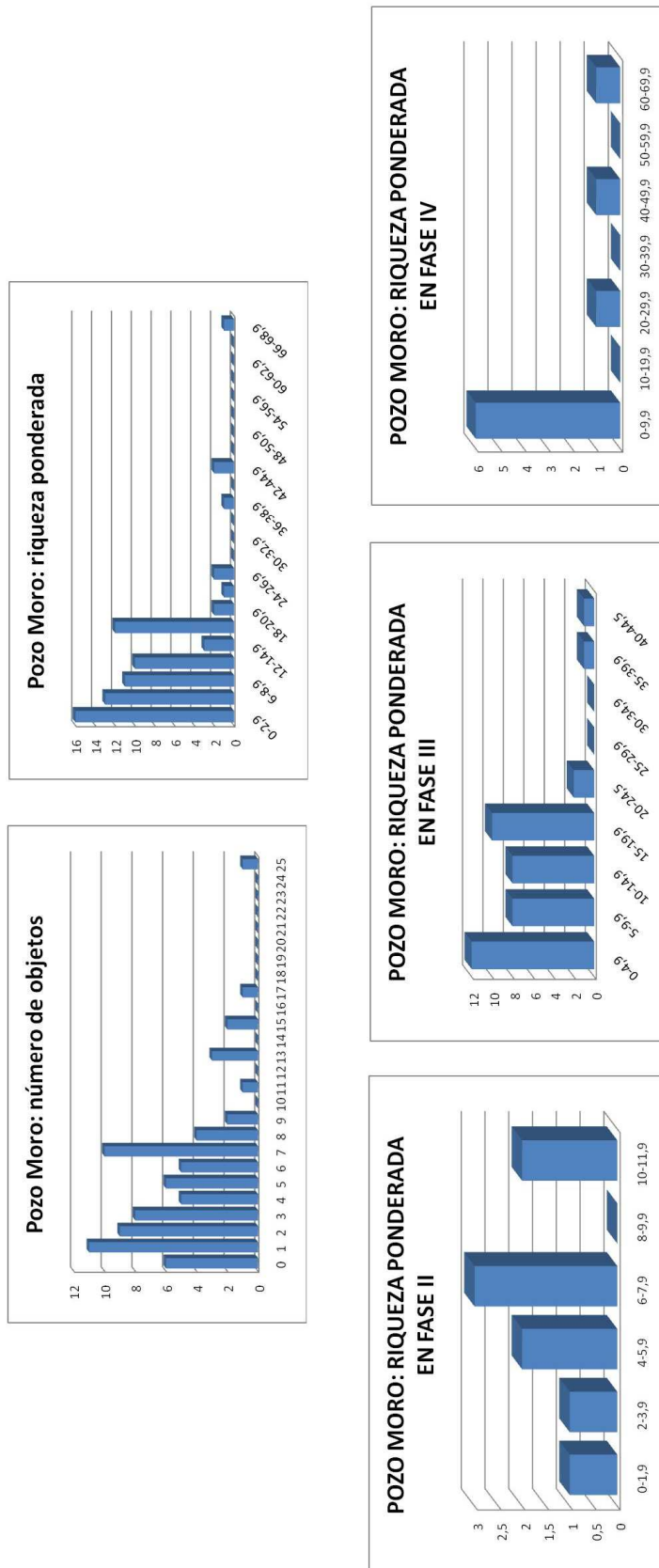


Tabla 1: Riqueza de la necrópolis de Pozo Moro (elaboración propia a partir de los datos de Alcalá,2003).

